

Carmelo Furci, *El Partido Comunista de Chile y la Vía al Socialismo*,
Ariadna, Santiago, 2008, 298pp.

La conmoción emocional y política que produjo la sangrienta irrupción de la dictadura chilena en 1973 llevó a muchos a hacerse las preguntas acerca de las causas del fracaso o la derrota de la Unidad Popular, sobreviniendo de ello un variado cúmulo de explicaciones y respuestas. Obviamente, en la izquierda este asunto alcanzó ribetes complejos y dolorosos y, sin pretender olvidar el vía crucis de cada cual, fue en las organizaciones principales de la alianza derrotada –los Partidos Comunista y Socialista- donde las redefiniciones fueron mayores, al punto que sus resultados promoverían actuaciones casi irreconocibles respecto de las propugnadas pocos años antes. Carmelo Furci, así como una vasta gama de políticos, intelectuales y ciudadanos extranjeros que habían simpatizado y cifrado esperanzas con el proceso chileno, fueron parte de la frustración pero también de las posibilidades de indagación y prospección de la política chilena, en especial de sus fuerzas de centro-izquierda, en vistas a una fase signada por la expectativa democrática.

En este sentido, traer al presente, por medio de la traducción a nuestra lengua la obra de Furci, importa un gesto de rescate que busca reconocer el esfuerzo aportado por no pocos intelectuales extranjeros a la causa del retorno a la democrática en Chile, vía el estudio, en este caso, de parte de nuestro pasado, mérito que estimamos permanente y por sobre las limitaciones, reparos o críticas que una producción como esta expresó en sus años de novedad o, con mayor razón, genere en nuestros días.

*

Más allá de los devastadores efectos que la represión dictatorial provocó en el Partido Comunista de Chile (PCCh), en especial durante los primeros años del régimen, existe en el presente una pregunta que motiva la indagación de la escasa historiografía abocada a estos temas, a saber, ¿Por qué la gravitación social que este Partido había logrado mantener hasta fines de los años 70 comenzó paulatinamente a perderse, fenómeno que se tornó extremadamente claro con la década de los 90?

Tal vez sí una variante explicativa que contribuya a una respuesta a esta cuestión se relacione con la forma cómo, al interior y fuera del PC, se respondió a otra interrogante: a la pregunta por las causas que llevaron a la derrota de la Unidad Popular, problema que, precisamente, movió a nuestro autor a elaborar este libro. ¿Cómo abordó su tratamiento? ¿A qué recursos informativos y, por sobre todo, interpretativos recurrió para hacer frente a su problema de estudio? ¿Qué resultados obtuvo y de qué manera ellos se inscribieron en el ambiente de definiciones que experimentaba la izquierda del país bajo la dictadura de Pinochet? ¿Qué significación podemos dar hoy a este trabajo? En lo que sigue, ensayaremos una apreciación general sobre estas inquietudes.

La estrategia expositiva empleada por Furci frente a la pregunta por la Unidad Popular y su abrupto término, estuvo estructurada a base de dos dimensiones básicas: una, en calidad de antecedente determinante y, la otra, en calidad de

consecuente lineal. En efecto, de un lado, y por medio de un desarrollo temático que resulta sorprendente, Furci buscó develar las funestas consecuencias de las omisiones de un “éxito”: la impronta de la estrategia pacífica que, según él, el PCCh impuso al derrotero de la izquierda chilena entre 1952 y 1970, si bien llevó a ella a logros notables, como fue el desarrollo de su unidad y el triunfo de la Unidad Popular, la inhibió para dar los pasos más decisivos respecto del problema del poder en los cruciales años 70-73. Y, de otro, como conclusión exclusiva de tal diagnóstico, el autor no ocultó en ningún momento su postura a favor de la necesidad de que el PCCh (y otros componentes de la izquierda) revalorara –más aún, bajo las nuevas condiciones de fascismo- el positivo rol que el recurso armado o militar debía cumplir en su renovada política revolucionaria de inicios de los años 80.

No creo equivocarme completamente si catalogo la estrategia discursiva de Furci como manifestación elocuente de una de las dos formas que prevalecieron en la izquierda chilena para evaluar la experiencia de la Unidad Popular. Si, de una parte, existió aquella posición que vio en la actuación y colapso de la UP el fin de una época y de una forma unilateral e irresponsable de hacer política por parte de esta misma izquierda, de otra, también tuvimos aquella que estimó que lo acontecido con ella -golpe de Estado mediante- no era sino un revés temporal –y, en consecuencia, reversible- en la larga lucha del movimiento popular contra la oligarquía y el imperialismo¹. Si, como culminación, la primera visión propondría una renovación que priorizó por los consensos interclasistas y la estabilidad del sistema político que debía suceder a la dictadura, los partidarios de la otra mirada, sin dejar de promover sus propias innovaciones, postularon la total negación de la “institucionalidad fascista” para la reinstalación democrática. En fin, si para los primeros, los factores de reconocimiento de los límites del juego político de clases y entre los grupos de poder –objetividad de los mecanismos- debía prevalecer a fin de no repetir el “quiebre democrático” del 73, para los segundos, la movilización social anti-dictatorial no sólo debía alcanzar una vuelta a la normalidad democrática, sino, en lo posible, dar con una “salida democrática avanzada”, recomponiéndose así – subjetividad combativa en ristre- el tradicional rumbo liberador de los sectores populares. A esta segunda variante podemos adscribir esta obra de Furci.

Furci y su obra sobre el PCCh fueron parte del trance explicatorio post golpe a que hemos aludido, y su exposición, no obstante algunos recaudos analíticos, no pudo escapar de las incertidumbres de su momento. Como nos informa en el Prefacio y en varios otros momentos de su exposición, en su estudio tendió a favorecer el cambio de estrategia que estaba transitando en el PCCh en los días que escribió este libro. Tanto las simpatías que había sentido por la UP; la admiración por el rol jugado por el comunismo nacional entre los años 52 y 73; el impacto que le produjo la criminal actuación de los militares chilenos; la aleccionadora impresión que le causaban las luchas guerrilleras en América Central; y, en fin, la revalidación de ciertos preceptos leninistas sobre la lucha revolucionaria, parecían respaldar (al menos en el ámbito latinoamericano) las opciones conclusivas de su labor. En este cuadro, puntos más puntos menos, no hay duda de que Furci fue parte de una tendencia de construcción

¹ Coetáneas aunque no simultáneas, las perspectivas del objetivismo estabilizador y del subjetivismo movilizador cristalizan en sus manifestaciones con los inicios de los años 80.

de realidad que tuvo un “ancho de banda” considerable al interior de nuestra izquierda, en particular entre aquellas organizaciones o fracciones de partidos que estaban por un combate más explícito contra el régimen militar. Es decir, nuestro autor hizo suyos una sensibilidad y un clima de coyuntura que contaba con elementos de cálculo y emocionales que hicieron altamente plausible y coherente una postura que, por su claridad y legitimidad moral, hubo de dar nuevos bríos – digamos, “revolucionarios”- a las acciones tendientes al restablecimiento de un cierto orden democrático. De manera más precisa, observemos esto en la puesta en escena narrativa hecha por Furci en este libro.

Sin que el autor lograra explicitarlo y, por tanto, resolverlo, su exposición en esta obra está cruzada por un *desajuste funcional*². En efecto, mientras, de una parte, es notoria la alta valoración que él hace del rol cumplido por el PCCh en la implementación de la vía pacífica (valoración que realiza invocando la coherencia y aciertos que detecta en el desempeño político del PC a partir de los tiempos del Frente Popular y, con mayor claridad aún, desde la primera candidatura presidencial de Salvador Allende, en 1952); de otra, y sin que haya un contrapunto que medie en la comprensión de los períodos y sus acontecimientos (por ejemplo, un examen más detenido de la política del Frente Antifascista que precedió a la Política de Rebelión Popular de Masas), pasa directamente a favorecer las orientaciones que, al interior del Partido, clamaban por un mayor protagonismo de una fuerza militar propia como factor político decisivo, tanto para la actuación revolucionaria, en general (ténganse presentes sus reiteradas alusiones a la lucha a nivel latinoamericano), como para el enfrentamiento contra la dictadura chilena, en particular.

¿Cómo se las arregla Furci para sostener ambos aspectos?, pues recurriendo, como muchos, a una apelación esencialmente ideológica: no obstante lo hecho por la izquierda y, en especial, por el PCCh, había sido eficaz con respecto al acceso a determinadas palancas del poder, esta experiencia, para alcanzar un nivel de consistencia pleno (por lo menos en la situación de A. Latina) debía, necesariamente, incursionar en lo que esa práctica anterior había perjudicialmente evitado y que los terribles acontecimientos se habían encargado de aclarar: la ineludible asunción del problema de la violencia revolucionaria que todo proceso de cambio debía considerar y resolver como *conditio sine qua non* para la conquista de sus objetivos. Ya Lenin y Marx lo habían dicho.

Pero la complementariedad empleada por el historiador italiano podía mostrarse problemática y él mismo, en algunas partes de los capítulos finales de su libro, no deja de manifestar ciertas dudas o titubeos sobre el valor explicativo y predictivo de su posición.

En lo que toca al PC, la visión de la complementariedad muy pronto diluiría uno de los polos de la relación: el polo de la valoración de lo hecho en el pasado,

² Las narraciones sobre circunstancias del pasado que, a su vez, se proponen una determinada forma de proyectar el presente, están siempre recorridas por este tipo de desajustes. Los mismos son necesarios para producir el acuerdo sobre la continuidad (no importando si esta continuidad demande incluso romper con concepciones previas). Indudablemente, por su sello funcional, su valor es eminentemente contingente, demostrándose en el tiempo tantos sus aciertos como sus falacias.

imponiéndose la lógica de un cierto esencialismo revolucionario traducido en la propuesta insurreccional de la Sublevación Nacional. Con esto, el desajuste proveniente de la yuxtaposición de los factores del análisis histórico aportó para que la renovación política que el PC comenzó a buscar en la segunda mitad de los 70, concluyera en una versión unilateral y militarizada de la PRPM, sustentada en una vaguedad conceptual que anuló lo histórico-particular de la experiencia en lo teórico-general de lo ideológico, en su acepción más dogmática y abstracta. En la práctica, a esto se arribó luego de dar con la “fórmula talismán” del “vacío histórico”³.

Lo anterior, como ya lo señalamos, no puede llevarnos a vincular a Furci con la suerte corrida por el PCCh en la aplicación de la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM). Señalamos esto para que la lectura actual de este libro no se haga a la luz de aquella política (ni menos aún con relación a los resultados de la misma), sino ubicando sus inquietudes y respuestas en el terreno de una búsqueda partidaria y no partidaria que, al cancelar por insuficientes las anteriores estrategias de lucha, se encaminó hacia formulas que, en muy corto plazo, hicieron depender su éxito casi exclusivamente del factor “subjetivo” de la “fuerza militar propia”. Esta búsqueda, con más de un signo diferenciador en su curso, se situó entre los años 1979-1982, período en que nuestro autor lleva a cabo la elaboración de la mayor parte de este trabajo.

Esta circunstancia, unida a la evaluación sobre las carencias que habían llevado a la derrota en 1973 –graficada, como mencionáramos antes, en el reduccionismo del “vacío histórico” o la ausencia de política militar activa– y al desarrollo de un creciente ánimo combativo en las filas del Partido (especialmente entre sus cuadros más jóvenes), conformarían un panorama en su interior que rápidamente favorecería la articulación material de una política de corte insurreccional contra la dictadura, hecho que, indudablemente repercutiría en la recepción, aceptación o rechazo que la nueva propuesta comunista provocaría en el resto de las fuerzas opositoras.

La apertura, desde fines de los años 70, hacia una cierta “racionalidad combatiente” –la misma que desde una noción de “violencia aguda”, favorecerá una versión militarizada de su nueva línea política– redundó, a fin de cuentas, en un creciente deterioro orgánico e ideo-político (intelectual) del Partido, notoriamente expuesto en los últimos 20 años de la Organización. Obviamente, es imposible dar una opinión relativamente acertada acerca de los hechos de esta “mutación” recurriendo –como comúnmente se hace– a contraposiciones absolutas y deshistorizadas, riesgo del que no creemos estar inmunes en esta nota. El tema queda abierto⁴.

³ Desde hace un tiempo sabemos que el giro emprendido por la Dirección del PC no fue unánime, según lo dejó expuesto Orlando Millas en sus *Memorias*. Claro es, de todas formas, que lo tardío de los dichos de Millas –en las proximidades de su muerte– relativizan la certeza de sus planteamientos.

⁴ La realidad siempre es más compleja, plagada de circunstancias grandes y pequeñas, colectivas e individuales, lo que demanda, en especial del estudio histórico, de adecuados cuidados y sensibilidades que, lejos de apartar al historiador de su oficio interrogador y cuestionador, deben contribuir a los propósitos de comprensión y, si se quiere, a las aspiraciones de renovación y futuro que también deben animar su tarea.

*

Al afirmar, de mi parte, que en el transcurso del primer lustro de los años 80, el PCCh hizo depender crecientemente su actuación del elemento militar propio, con ello no pretendo negar la importancia que también tuvieron los medios de la lucha social o de masas impulsados por el Partido durante ese período, sea en modalidad nacional o sectorial, u otros de unidad y acuerdo expresamente políticos que, de igual forma, fueron apoyados por la Dirección Comunista. Sólo que la lógica que crecientemente prevalecería –con arsenales capturados y con un magnicidio frustrado– mueven a considerar que entre 1983 y 86, la opción por alterar sustancialmente el cuadro político mediante acciones definitivas (armadas), fue ganando posiciones entre la dirigencia y buena parte de la militancia, llegando al apogeo de tal perspectiva con lo que debía ser el año decisivo: 1986.

De no ser efectivo que se haya impuesto el exclusivismo militar, tal como sostengo, la evidente confusión y perplejidad que comenzó a experimentar el PC a partir de 1987, no habría alcanzado los niveles de retroceso que padeció –y que aún sufre, no obstante cierta recuperación que ha tenido últimamente en su notoriedad pública⁵– si hubiese contado con un activo medianamente importante de influencia social y política. Pero ello no fue así: al apostar sus fichas a una sola alternativa, la debacle que sobrevino luego de la ruina de la opción rupturista, redundó en un Partido completamente inerte y expuesto, sin más recursos que la apelación a la incontestable disciplina –siempre tan tributaria del autoritarismo– para hacer frente a las desafecciones que surgían: las del ala más radicalizada de su fuerza militar y las de los militantes (y oportunistas) que veían en el acercamiento hacia la Concertación triunfante, una tabla de salvación, sino partidaria, al menos sí personal.

Pero las discrepancias no provinieron sólo de quienes se ubicaron en estos costados: hubo otro sector de adherentes (de vasta tradición varios de ellos) que, tratando de dar la pelea por su descontento bajo las normas partidarias, no pudieron siquiera bregar con honor: el XV Congreso de 1989 los liquidó en su ciudadanía interna. No pocos de estos ya han muerto sin pena ni gloria⁶, o mantienen todavía un respetuoso silencio para con su partido. También hubo aquellos que se evitaron el bochorno interno, saliendo por sus propios pasos de la organización sin el menor aspaviento.

“Saneado” el panorama partidario de estos conflictos, la fase que comenzó hacia 1992 y que, *grosso modo*, se mantiene hasta hoy, ha sido para los comunistas una época de largo ostracismo, sin saber cómo darse, a pesar de la exclusión de que es objeto, una ubicación en el terreno de la institucionalidad de hoy (no confundir esto

⁵ Mayor notoriedad que coincide con dos circunstancias probablemente facilitadoras: la paulatina desaparición del influjo ideológico neoconservador impuesto bajo el liderazgo de Gladys Marín, y los evidentes signos de erosión de la legitimidad electoral del modelo consociativo (“democracia de los acuerdos”) administrado por los gobiernos de la Concertación, en concomitancia con las fuerzas de Derecha.

⁶ Entre los numerosos antiguos militantes y dirigentes que aún esperan un reconocimiento más amplio y sincero por parte del Partido, sobresale la figura de Orlando Millas.

con el orden constitucional vigente) que es, en definitiva, el terreno que importa para el desarrollo de un eficaz proyecto crítico-emancipador.

*

Últimamente, han comenzado a verificarse signos que podrían dar cuenta del comienzo de una disposición partidaria a retomar las referencias institucionales y negociadoras en su actuación pública. Estas, como es fácil de comprender, transitan con cautela y de modo muy circunstanciado: ni las condiciones de exclusión que mantienen los grupos dominantes (condiciones que muy a regañadientes estarían dispuestos a modificar), ni el ambiente al interior de la organización (que en alta proporción sigue bebiendo de un basamento esencialista como forma de enfrentar la realidad), favorecen una evolución que no esté sujeta a la sospecha o a la retractación.

Sin duda que la escasez de prácticas confiables por parte de la institucionalidad estatal, la permanente expoliación del trabajo y la fresca memoria del horror, son situaciones muy poderosas (especialmente en la subjetividad partidaria y militante) que juegan en contra de la rearticulación comunista en el plano político, posibilitándose la reiteración del círculo del esencialismo revolucionario ya dicho, con todas las manifestaciones que lo han caracterizado: pérdida de valoración de la política como espacio de negociación; alejamiento de los datos precisos que conforman la vida cotidiana de la población; la constante confusión entre lo popular y lo marginal; la desaparición del rol partidario como referencia moral e intelectual; la desvaloración del pasado histórico; la obsecuencia o impotencia frente a fenómenos nihilistas y anómicos; el empobrecimiento del concepto de militancia, en definitiva y, en pocas palabras, la ausencia de una racionalidad que sugiera y aliente una nueva construcción de lo partidario y de lo político.

Terminada la primera modernización de masas –la del ciclo estatal de desarrollo (1930-1973)- y mostrándose las crecientes fallas de la autocracia de mercado que hasta hoy se nos ha impuesto, ¿no será acaso el tiempo para que el PCCh proponga al país la superación de ambas experiencias mediante un neo-institucionalismo democrático y descentralizador?⁷

Manuel Loyola

Junio 2008

⁷ En el momento de escribir esta nota, se suceden diversas manifestaciones en contra del nuevo marco legal para la educación general en el país. En ellas, la dirigencia comunista del magisterio ha desempeñado un rol destacado: la impopularidad de la Ley General de Educación es directamente proporcional al elitismo y cupularismo que ha primado en la clase política para imponer la norma. ¿Cuál es el nuevo esquema institucional previsto por el magisterio (y el propio PC) para una distinta realidad de gestión educacional? Si este existe, lo real es que hasta ahora no es visible, lo que, en el mediano y largo plazo, debilitaría la justa protesta contra el esquema mercantil en vigencia.